



Pintadas amenazantes en las persianas de la librería Lagun en 2001, cuando se encontraba en la Plaza de la Constitución. TELEPRESS

«Los ataques a las librerías son una parte importante de nuestra Historia»

Los historiadores Gaizka Fernández Soldevilla y Juan Francisco López Pérez publican un estudio sobre los ataques políticos a estos establecimientos entre 1962 y 2018

ALBERTO MOYANO

SAN SEBASTIÁN. Cuando inspirado por la lectura del bestseller de Irene Vallejo 'El infinito en un junco' y con el objetivo de aprovechar la pandemia, el responsable del Archivo y Documentación del Centro Memorial de las Víctimas del Terrorismo de Vitoria, Gaizka Fernández Soldevilla, decidió indagar en el historial de ataques a las librerías desde la Transición hasta la actualidad, sus expectativas se situaban en encontrar una docena de casos. El resultado de sus pesquisas en archivos, hemero-

tecas y juzgados fue la constatación de que estos establecimientos fueron objeto de 225 actos violentos –desde bombas a lanzamiento de pintura y otros destrozos–, entre 1962 y 2018. 'Allí donde se queman libros. La violencia política contra las librerías (1962-2018)', cofirmado con el geógrafo e historiador Juan Francisco López Pérez, y publicado por Tecnos, da cuenta de este episodio, menor aunque tremendamente significativo, de las últimas décadas de violencia política en España.

Origen de la investigación. «El libro de Irene Vallejo me trajo a la cabeza los ataques a Lagun y alguno más de cuando la Transición, pero era un asunto menor al que nunca le prestábamos suficiente atención porque lógicamente las víctimas mortales y los heridos eran lo más importante». Con ese espíritu, Fernández le comu-

nicó a su jefe su intención de hacer un informe de unas veinte páginas, pero la realidad se impuso: «Cuando nos pusimos a investigar en serio vimos que habían sido muchos más ataques de los que creíamos y atentados muy serios». A través de entrevistas con librerías, indagaciones en las hemerotecas y rastreo de archivos judiciales, la verdad de lo sucedido en el período estudiado emergió en toda su crudeza.

Reconoce que a medida que crecía el número de ataques consignados contra librerías –y aquí el historiador recalca que no están todos los que son por falta de constancia documental–, «me di cuenta de que hacían falta más tiempo y más viajes porque merecía la pena hacerlo bien porque los ataques a las librerías reflejan una parte importante de la Historia y nos enseñan lo peor que fuimos». Lo que no han encontrado los autores del estudio en su indagación

es algún caso de aprovechamiento de los ataques para robar ejemplares, fuera cual fuera el signo políticos de los perpetradores.

Prestigio de las librerías. «Hace 90 años, las Juventudes Hitlerianas quemaron libros en toda Alemania. Esa imagen es muy poderosa y nos remite a los nazis, a la Inquisición y a otras épocas de intolerancia contra la Cultura y la diversidad. Algo se remueve dentro de nosotros. Los ataques contra las librerías eran ataques al centro de la Cultura y a espacios delicados cuya vulnerabilidad fue aprovechada por fanáticos de todo pelaje». La proliferación de esta violencia contra los establecimientos libreríos la atribuye a que resultaban «muy llamativos en su momento, pero el problema es que tenemos memoria muy frágil y pasan enseñada al olvido. Es lo que ha pasado con los registros durante la Transición».

«Sedes» de partidos. En el franquismo, muchas librerías funcionaban como «sedes» encubiertas de movimientos o partidos políticos, una situación que cambió rápidamente con la llegada de la demo-

craci. «Durante la dictadura, si querías hablar con el PCE tenías que ir a tal librería y si buscaba al PSOE, a esa otra. Eran oficinas oficiosas de partidos y sindicatos». Con la legalización de unos y otros «siguen siendo agentes de cambio pero pierden en militancia».

Actividad ultraderecha. En el período estudiado por los autores, la inmensa mayoría de los ataques son obra de diversos grupúsculos de ultraderecha: hasta un 86%. «Y se concentran en los años 1975, 1976 y 1977 porque es una forma de presionar al Gobierno tecnocrático del franquismo y porque las librerías son un foco de oposición antifranquista. Finalmente, el tercer elemento es que se dan cuenta de que quemando una librería van a salir en los periódicos. A partir de 1979 y 1980 la violencia terrorista de ETA es tan inmensa que por quemar

una librería ya no salen en la prensa, lo cual explica que la extrema derecha dé un paso más y termine asesinado a personas». Este intento de «continuar el franquismo sin Franco» declina a finales de los setenta y comienzos de los ochenta.



Gaizka Fernández Soldevilla



225 ataques registrados. «Son la punta del iceberg –recalca Fernández–. Son los ataques que hemos confirmado mediante documentación en prensa, en diligencias policiales o en un sumario judicial, pero realmente fueron muchos más. Buena parte de los ataques a las librerías no aparecen en la documentación». Aquí cita el caso de la librería santanderina de El Puntal, «que sufrió treinta ataques, pero sólo tres aparecieron en la prensa».

En el País Vasco. Entre 1962 y 2018, Euskadi registró un total de 40 ataques a librerías, veinticinco perpetrados por organizaciones de extrema derecha y quince, por grupos de la izquierda abertzale. Pero Gaizka Fernández hace especial hincapié en recalcar que estas cifras son apenas «la punta del iceberg». De hecho, aunque en Gipuzkoa tiene registrados alrededor de una treintena, confiesa que siente «reparo a la hora de dar cifras exactas, sabiendo que son solo una pequeña proporción».

Reacción de unidad. En los años sesenta y setenta, los librerías están obligados a pertenecer al Sindicato Vertical. A partir de los ataques a sus establecimientos, los



Libro-bomba enviado al empresario Iñaki Aseginolaza el 5 de enero de 1989 en Bilbao y que hirió a Antxon Vicuña.

TEDAX



Pintura lanzada contra el escaparate de la desaparecida librería Minicost de Andoain, en marzo de 1997. MINICOST

Los autores del estudio han documentado 225 ataques a establecimientos en toda España, el 86% a manos de grupos ultraderechistas

libreros comienzan a asociarse. «Es uno de los elementos que les va a ayudar porque empiezan a tener poder como para presionar a los gobiernos para que tomen cartas en el asunto. Y en 1978 lo consiguen porque el Gobierno se lo toma finalmente en serio y comienza a hacer cosas».

Minicost: caso desconocido. De todos los locales comerciales atacados, la librería Minicost de Andoain tiene el triste honor de ser la única que figura en este estudio como comercio que cerró por este motivo. Todo comenzó con la negativa a acceder a las exigencias. «Es muy llamativo porque

Al menos 40 librerías vascas fueron atacadas entre 1962 y 2018, 25 por la extrema derecha y 15 por la izquierda abertzale

recibió una violencia sostenida en el tiempo, no tan llamativa como la de Lagun, a base de pintura, amenazas, cementos, pero no bombas. Al final ese boicot de la izquierda abertzale le obliga a cerrar. No sabemos si hubo más, pero es el único que tenemos certificado. Es más –añade Gaizka

ALLÍ DONDE SE QUEMAN LIBROS G. FERNÁNDEZ/J.F. LÓPEZ PÉREZ

Estilo: ensayo.
Editorial: Tecnos
Páginas: 264.
Precio: 27,50 euros



Interior de la Librería Rafael Alberti de Madrid, tras el ataque incendiario ultraderechista que sufrió el 7 de noviembre de 1976. EFE

Fernández–, es tan desconocido su caso que yo lo conocí por los librereros de Lagun. Es de justicia reconocer a estas librerías de pueblos que recibieron mucha violencia y poca solidaridad».

Los mitos de la lectura. En su estudio Gaizka Fernández y Juan Francisco López Pérez recuerdan que nunca antes recibió la industria editorial alemana tanto impulso como durante el régimen nazi, lo cual da al traste con la extendida teoría –o superación–, de la Cultura como antidoto contra el fanatismo. «Es una idea muy tranquilizadora para la conciencia, pero no es real. Desde el principio, los que atacaban libros lo hacían contra los que les amenazaban su estatus, pero si querían que se leyeran 'sus' libros. Eso ha pasado siempre e investigando lo ocurrido en España, ves que la propia ultraderecha que atacaba a las librerías que tenían libros progresistas, o de contenido erótico o feminista, publicaban sus propios títulos». En este sentido, se recoge un episodio tragicómico de un grupo de ultraderecha que en 1974 envió a las librerías valencianas un listado de libros que debían colocar en sus escaparates bajo amenaza de represalias: 'Mi lucha', de Adolf Hitler; 'Juan de la Cosa' y 'Los protocolos de los sabios de Sión', de Fuerza Nueva Editorial; 'Derrota mundial: orígenes ocultos de la II Guerra Mundial', de Salvador Borrego; y las obras completas de Nietzsche y Schopenhauer. «No

odian los libros, sólo ciertos libros. Y lo mismo la izquierda abertzale que en una ocasión ataca Lagun por tener en el escaparate un libro de homenaje a Gregorio Ordóñez, y a la vez tiene sus propias editoriales y sus propias librerías. El mito de que son ataques contra la cultura en general no es cierto porque van dirigidos contra una parte: la que les molesta».

Conclusiones. «La primera es que las librerías fueron un importante agente de cambio en España y, sin ellas la Transición hubiera sido más difícil». En el caso de Lagun y otras librerías objetivo de campañas de la izquierda abertzale, también considera que «sin ellas la vasca hubiera sido una sociedad más monolítica y homogénea. Las librerías son algo más que tiendas de libros, son focos de cultura y de libertad. Hay que cuidarlas. Eran importantes entonces y lo siguen siendo ahora».

¿Capítulo cerrado? «La bibliofilia violenta está muy viva», recuerda. «Tan sólo recordar que el año pasado Salman Rushdie sufrió un atentado por haber escrito una novela. Y es el último ataque provocado por una 'fatwa' de Jomeini que ya le costó la vida a un traductor. Hay autores perseguidos, como Roberto Saviano, y amenazados y se siguen quemando libros por grupos yihadistas en el África subsahariana o en Afganistán. La violencia de todo tipo contra los libros y los autores no nos ha abandonado por desgracia», concluye.